



# LA HIJA DEL TUAREG

FRANCISCO DÍAZ VALLADARES

**edebé**

periscopio

# LA HIJA DEL TUAREG

FRANCISCO DÍAZ VALLADARES

# LA HIJA DEL TUAREG



**edebé**

© Francisco Díaz Valladares, 2011

© Ed. Cast.: edebé, 2011  
Paseo de San Juan Bosco, 62  
08017 Barcelona  
www.edebe.com

*Directora de la colección:* Reina Duarte  
*Editora:* Elena Valencia  
*Diseño de cubiertas:* César Farrés  
*Fotografía de portada:* iStockphoto/Thinkstock

1.ª edición, septiembre 2011

ISBN 978-84-683-0160-0  
Depósito Legal: B. 23990-2011  
Impreso en España  
Printed in Spain  
EGS - Rosario, 2 - Barcelona

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra ([www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com); 91 702 19 70 / 93 272 04 45).

## *Índice*

Capítulo uno .....	9
Capítulo dos .....	25
Capítulo tres .....	33
Capítulo cuatro .....	47
Capítulo cinco .....	56
Capítulo seis .....	60
Capítulo siete .....	67
Capítulo ocho .....	74
Capítulo nueve .....	81
Capítulo diez .....	89
Capítulo once .....	99
Capítulo doce .....	113
Capítulo trece .....	120
Capítulo catorce .....	129
Capítulo quince .....	139
Capítulo dieciséis .....	151
Capítulo diecisiete .....	160
Capítulo dieciocho .....	171
Capítulo diecinueve .....	182
Capítulo veinte .....	195
Capítulo veintiuno .....	204
Capítulo veintidós .....	208
Capítulo veintitrés .....	214
Capítulo veinticuatro .....	228
Capítulo veinticinco .....	235

*A mi buen amigo  
Pablo Barrena.*

## Capítulo uno

*Si lo que vas a decir no es más hermoso  
que el silencio, no lo digas.*  
(Proverbio tuareg)

Hace más de diez años, cada primero de mes, bajo al Hsótano, saco del baúl el *hiyab* blanco y me siento con él entre las manos. Unas veces río, otras me invade la nostalgia. La mayoría de las veces lloro... Pero, por lo general, me sirve para traer a la memoria un pasado que no quiero olvidar.

Ayer me sorprendió mi hija María y se asustó un poco al verme sentada a oscuras, con los ojos llenos de lágrimas.

—Es un pañuelo que me regaló tu abuelo hace ya mucho tiempo —le aclaré para tranquilizarla.

—¿Le echas de menos?

—Sí —respondí sin ni siquiera pensar la respuesta.

—¿Por qué siempre evitas hablar de los abuelos?  
—me soltó a renglón seguido.

Era cierto. Aunque no quería olvidarme de mi pasado, me daba miedo hablar de él, como si poniendo de manifiesto la historia de mi vida fuera a llamar a los fantasmas que otrora me habían acosado. Muchas noches me desvelo angustiada por la misma pesadilla: un torbellino de arena se traga a mis hijas y las trans-

porta a mitad del desierto. Las veo vagando, arrastrando los pies, a punto de perecer de hambre y sed. En ese momento me levanto y salgo al jardín. Después de buscar vanamente con la mirada entre las sombras de los árboles, levanto la vista al cielo y doy gracias a Dios de que todo haya sido un sueño.

De un tiempo acá, esos fantasmas acuden cada vez con mayor frecuencia. Ayer se lo conté a Adrián, mi marido.

—María, la única forma de que desaparezcan esos fantasmas es que los materialices —me sugirió.

—¿Cómo?

—Escribiendo tu historia.

Lo primero que debo decir es que mi nombre no es María, sino Meryem. Y aunque mi piel es blanca, mis cabellos castaños y mis ojos color miel, nací en el desierto, entre un puñado de palmeras que forman un oasis en medio de la nada y cuyo único atractivo son las caravanas que vienen de Tombuctú y se dirigen hacia el norte del país, si es que aún viajan esas caravanas.

A pesar de lo que pueda parecer, mi infancia, como la de los otros niños que vivían allí, estuvo revestida de paz y serenidad. Nuestra vida transcurría entre juegos, las clases que nos impartía Abu Yunan, mi abuelo, la ayuda que prestábamos a nuestros padres a la hora de agrupar el ganado por las tardes, la confección de quesos y la recolección de dátiles.

Los primeros recuerdos que acuden a mi mente son las noches frías del desierto; cuando los niños nos



sentábamos en torno al fuego y Abu Yunan nos relataba historias sobre nuestros antepasados, los tuareg, los hombres del velo.

«Eran tan silenciosos que podían acercarse a una víbora y cogerla con la mano antes de que la serpiente se percatase de su presencia; y tan rápidos, que podían soplar una vela y realizar tres disparos de fusil antes de que se apagara la llama. Siempre iban con la cara cubierta y tintaban sus velos con una sustancia azul que el calor disolvía y empapaba su piel hasta que les quedaba totalmente teñida de ese color.»

Tengo que aclarar que el nombre verdadero de mi abuelo era Nauset, pero es costumbre árabe que los padres tomen el nombre del primer hijo que nace. De esta forma, cuando nació mi padre y le pusieron de nombre Yunan, mi abuelo pasó de llamarse Nauset a llamarse Abu Yunan, que quiere decir el padre de Yunan.

Abu Yunan había sido un *madugu*, un guía de caravana. También había servido durante varios años como rastreador para las tropas españolas del Sahara. Durante las veladas nocturnas nos encantaba escucharle contar historias del desierto del Teneré, la Fragua del Diablo:

«El desierto del Teneré es el lugar más misterioso, inmenso y desconocido del planeta. Un cementerio infinito donde no hay cadáveres porque el sol se come hasta los esqueletos. Allí se crean las ilusiones de los espejismos de día y los sonidos desconocidos y terroríficos de noche. Nada es lo que parece. Sólo un verdadero *imushaq* sabe distinguir lo verdadero de lo falso.»

Sí, yo soy una mujer tuareg. Aunque ahora ejerzo de abogada en un prestigioso bufete de Almería, soy una *imushaq*, una hija del desierto. Mi piel debería ser más oscura y mis ojos y mis cabellos negros, pero mi padre se enamoró perdidamente de una mujer de origen circasiano y yo soy una mezcla de ambos. Esto no estaba bien visto por los de su clan y lo repudiaron cuando la tomó por esposa, así que dejó la tribu y se instaló en el oasis de Nesft, un antiguo pozo que había pertenecido a la casta de los Alberdies y el lugar donde vivía mi abuelo Abu Yunan. Sin embargo, aunque se trataba de un oasis tuareg, un lugar de los hombres de velo, hacía tiempo que el gobierno y una ONG habían instalado una bomba accionada por una palanca y desde entonces el pozo y el oasis eran de dominio público.

Mi padre sustituyó la jaima del abuelo, a pesar de sus protestas, por una choza de barro con techo de cañas y aneas, y se dedicó al pastoreo y a servir de guía a los turistas que llegaban con ganas de vivir alguna aventura en el desierto. Mi padre era muy bien considerado por los habitantes del oasis. El hecho de ser un *imushaq* le valía para que, incluso los agentes del gobierno, lo respetasen y se dirigiesen a él como si fuera el jefe del poblado, aunque nadie le había nombrado como tal.

Al principio el oasis rebosaba de gente. Había personas de todo sitio y condición. Las mujeres se dedicaban al ganado y a la casa y la mayoría de los hombres, excepto mi padre, prestaba servicios a las caravanas. De vez en cuando llegaba alguna excursión de turistas y buscaban a «Yunan el tuareg» (así le llamaban), para que les acompañase al interior del desierto. Mi padre

les llevaba a un lugar donde había unas pinturas que al parecer tenían miles de años, pasaban allí la noche y volvían al día siguiente.

Pero, poco a poco, esta actividad fue disminuyendo. Los coches venían equipados con GPS que los llevaba hasta el lugar exacto sin necesidad de contratar la ayuda de un guía. A lo sumo llegaban al poblado, se hacían algunas fotos junto a mi padre para exhibirlas y presumir que habían estado al lado de un tuareg, y se marchaban sin más.

En esa época empezó también una reducción del número de caravanas y muchas familias se desplazaron hacia el norte en busca de una vida mejor. Era el *boom* de la emigración. De vez en cuando llegaban al oasis hombres cargados de promesas y fotos para convencer a los jóvenes de que se fueran a trabajar a Europa. Mi tío Samir, uno de los hermanos de mi madre, comandaba aquellas partidas que iban recogiendo hombres a lo largo del desierto. Les hacía pagar una buena cantidad de dinero y les prometía trabajo al otro lado del estrecho.

—Anímate, Yunan —le oí decir un día mientras tomaban té frente a la casa—. Allí vas a estar mucho mejor que aquí. En España es fácil encontrar trabajo. Tu familia y tú viviréis mejor...

—No insista, Samir, yo soy un hombre del desierto. Éste es mi mundo —explicó mi padre abriendo los brazos—. De pequeño me enseñaron a atravesar las tierras vacías, a seguir durante días el rastro de un animal hasta darle caza o a sobrevivir en medio de una tormenta de arena, pero nadie me enseñó a cultivar fresas y mucho

menos a estar sometido a nadie. Los *imushaq* nunca hemos servido a nadie. Podría llevarte desde aquí hasta Libia con los ojos vendados y...

Mi tío se puso en pie haciendo aspavientos con los brazos.

—No digas tonterías, Yunan, eso pertenece a otro tiempo. Mira a tu alrededor. ¿Qué queda de todo eso? ¿Cuántas caravanas pasan por aquí? La de Aberkán y un par más. Ya nadie necesita que le guíes por el desierto. Le basta con uno de esos aparatitos que se puede meter en el bolsillo para llegar donde quieras. ¿Qué piensas hacer, quedarte aquí toda tu vida ordeñando cabras? Por un poco de dinero yo puedo llevarte a España. Allí la vida es mejor, trabajarás y serás tan respetado como lo eres aquí. Mira qué casas...

El tío Samir sacó una revista de la bolsa que traía colgada en bandolera y se la mostró señalándole con el dedo algunas imágenes. Me acerqué por detrás con sigilo. Las fotos eran de una casa con jardín y árboles.

—¿Ves? Mira estas otras —dijo pasando la página—. Tus hijas irán al colegio.

Las fotos mostraban un grupo de niñas de mi edad que entraban en la escuela agarradas de la mano. Eran niñas musulmanas. Todas vestían un *dishdash* de color marrón e iban tocadas con un *hiyab* blanco. En la foto siguiente aparecían las mismas niñas con otras niñas y niños, que no llevaban velo, sentados en una clase muy limpia con mapas colgados en las paredes y grandes ventanales. Una profesora con gafas señalaba con una varilla una enorme pizarra de color verde. Mi padre

miró con indiferencia las fotos al tiempo que arrugaba el entrecejo.

—Todo eso costará dinero —dijo apartando la vista de las fotos y mirando a la lejanía.

—¡Gratis! —exclamó mi tío—. Que el Todopoderoso me convierta en lagartija si te miento. Mira, Yunan, allí la escuela y la sanidad son gratis. En España hay montones de colegios y hospitales gratis. Basta con que cualquiera de vosotros se haga un arañazo para que le atiendan en cualquier centro sin cobrar una rupia. Y los colegios no solamente son gratis, sino que los padres están obligados a que sus hijos asistan a la escuela. Allí todo es distinto.

Mi padre giró la cabeza y le miró a los ojos.

—Estoy diciéndote la verdad, créeme —insistió el tío Samir.

Debo decir que mi tío tenía fama de mentiroso. Según él, poseía una tienda de antigüedades en Tánger, aunque mi padre aseguraba que se dedicaba a engañar a la gente y que tenía otros negocios oscuros.

Al cabo de unos días partió con un grupo de hombres del oasis, pero mi padre no accedió.

Al año siguiente, para la fiesta del ramadán, volvieron casi todos los que se habían marchado. Venían cargados de regalos para sus esposas e hijos y contaban maravillas. Algunos se habían instalado en España y otros en Francia e Italia. Todos se alegraban de haber emprendido el viaje y aseguraban que en pocos meses se llevarían a su familia con ellos.

Por la noche, mientras mi hermana y yo yacíamos en el fondo de la choza tratando de conciliar

el sueño, mi padre y mi madre hablaban en tono bajo.

—Samir no mintió, Yunan, al menos esta vez. Mira como han venido éstos —decía mi madre.

—¿Y cómo han venido?

—Cargados de regalos.

—Bicicletas viejas, muñecas usadas y ropa que no sirve para nada en el desierto...

—Menos es lo que tenemos nosotros.

—... ¿A cuántos amos habrán tenido que servir para traer toda esa porquería?

—No digas tonterías, siempre estás con lo mismo. Los pobres tenemos que servir a los ricos. ¿Acaso no sirves tú a los que llegan al oasis? ¿No te pagan para que les lleves a ver esas pinturas de tus antepasados?

—Nosotros no somos pobres, tenemos lo que necesitamos. Si los llevo es para que vean la grandeza y la antigüedad del pueblo al que pertenezco.

—Tonterías, los llevas porque te pagan.

Un año más tarde, el mismo día que yo cumplía los diez, murió mi abuelo. Al día siguiente empezaron a llegar grupos de gente al Nesft y, cuando a los tres días se celebraron los funerales, había más de doscientas personas en el oasis. En algunas ocasiones había presenciado el entierro de alguien que había muerto allí, pero siempre había asistido a aquellos acontecimientos como algo lejano y ajeno a mi familia y a mí misma. Sin embargo, cuando mi abuelo desapareció de mi vida, el mundo se me vino abajo. Fue la primera vez

que presentí lo que realmente significaba la muerte, la primera vez que vi su cara reflejada en el rostro de otro ser querido.

Él había sido, durante los primeros años de mi vida, el centro de mi existencia. Me había enseñado a leer y a escribir en árabe y en francés y a chapurrear algo de español. Algunas veces nos adentrábamos en el desierto y me mostraba el rastro de una serpiente, un alacrán o un escarabajo. Cuando localizaba las señales del paso de una víbora, la seguía hasta su cubil, se situaba estratégicamente y, con mucha paciencia y cuidado, empezaba a arrastrar una varita por los alrededores. En cuanto la serpiente asomaba, la agarraba con fuerza y después de aplastarle la cabeza con una piedra, le sacaba la bolsa del veneno y lo guardaba en un bote de cristal para preparar un antídoto contra las mordeduras. Con el mismo fin íbamos hasta unas montañas de arenisca roja para cazar alacranes. Los metía en un bote y luego los freía. El aceite era el contraveneno.

Recuerdo que me pasaba el día preguntándole cosas... Siempre sonreía antes de responder a mis preguntas. Y nunca olvidaré su forma sosegada de hablar. Hablaba despacio, marcando bien las pausas entre las frases. Mientras lo hacía, su mirada permanecía perdida en el horizonte, como queriendo subrayar lo que sentía su corazón.

Lo pasé mal, muy mal. Dejé de comer y casi de hablar. Pasaba horas mirando el sombrero donde nos daba las clases y donde se sentaba a tomar el té por la tarde. ¡Me parecía mentira que no fuese a verle nunca más!

Sin embargo, la muerte de mi abuelo sirvió para que mi padre se acercara a mí. Temiendo que enfermara, se pegó como un caracol a una pita. Por las mañanas me obligaba a acompañarle a ordeñar las cabras, se sentaba a mi lado a la hora de la comida y me sacaba a pasear por las tardes, como lo hacía el abuelo. Incluso me llevó con él a Tombuctú para vender la lana de las ovejas.

Fue mi primera experiencia fuera del Nesft.

El viaje duró tres días e hizo que la imagen del abuelo se fuese diluyendo gracias a las atenciones que me prodigó mi padre. Recuerdo que cuando me despertó, aún de madrugada, ya tenía preparados los camellos con las cargas en lo alto. Después de montarme en uno de ellos, echó a andar llevando de reata el primero de la pequeña caravana. No abrió la boca en todo el trayecto. Cuando el sol se puso, aprovechamos los retazos de luz anaranjada del crepúsculo para descargar los fardos, dar de comer y beber a los animales, rezar y encender una hoguera. Luego, después de la cena, me sorprendió. Empezó a relatarme cosas de la ciudad que íbamos a visitar. Era la primera vez que lo hacía y tuve la sensación de que trataba de imitar el tono y la cadencia del habla del abuelo.

—¿Sabes que Tombuctú la fundaron nuestros antepasados?

Negué con la cabeza desde el otro lado de la hoguera.

—Pues sí, así es. La llaman la puerta del desierto o la de los 333 santos. Hay un proverbio tuareg que dice: «El oro viene del sur, la sal del norte y el dinero del país



del hombre blanco, pero los cuentos maravillosos y la palabra de Dios sólo se encuentran en Tombuctú».

No entendía nada de lo que me estaba contando, pero me embelesaba el sonido de la voz que me llegaba desde el lado opuesto de la hoguera.

—Hace ya mucho tiempo —continuó—, un grupo de tuaregs cavaron un pozo, se establecieron allí y destinaron la custodia del agua a una esclava llamada Buktu para que la cuidara mientras sus amos estaban en el desierto. *Tim* significa ‘pozo’ en la antigua lengua *tamazight*, así que con el tiempo el lugar empezó a llamarse Tim-Buktu, el pozo de Buktu.

Le miré a través de las llamas que se elevaban al cielo como espadas que quisieran clavarse en la oscuridad. Sonreía sin apartar la vista de mí.

—¿Te ha gustado la historia?

Asentí.

—¿Sabes qué significa *buktu*? —volvió a preguntarme.

—No —respondí.

—La del ombligo grande.

Ambos empezamos a reírnos desafortadamente y llenamos la noche con nuestras carcajadas. Al cabo de un rato nos acostamos. Mi padre me arrojó con una piel de cordero y se tumbó a mi lado para transmitirme calor.

Me sentía rara.

Para un niño y, sobre todo, para una niña árabe, la figura del padre suele permanecer lejana, distante, en otro plano. Luego, con el tiempo, me he dado cuenta de que Yunan el tuareg estaba por encima de cualquier

convencionalismo, ya que seguía sus propias pautas, sus propios dictados, sus propias reglas... Lo hizo cuando se casó con mi madre a pesar de saber que en la tribu no estaría bien visto que tomara por esposa a una mujer que no perteneciera al clan, lo demostraba continuamente en el trato que tenía hacia mi hermana y hacia mí y con cualquiera que se acercara al oasis. A pesar de la hospitalidad que el tuareg debe por ley a un recién llegado, Yunan multiplicaba por dos ese deber. Y prestaba una atención especial a los más débiles. Quizá ésa fuese una de las razones por la que era querido y respetado por todos.

Después de dos jornadas más en camello, que para mí pasaron en un suspiro a pesar del calor sofocante que tuvimos que soportar y del cansancio, llegamos a Tombuctú. Acampamos fuera de la ciudad, junto a un grupo de jaimas de beduinos que habían llegado, seguramente, para intercambiar también sus mercancías. Frente a las tiendas había hogueras de las que escapaban hacia el cielo azul columnas de humo gris. Se oían gritos, silbidos, el balitar de los camellos y el continuo tintineo de las campanillas de los rebaños. Mi padre me llevó de la mano en busca del tratante de pieles. Cuando nos adentramos en las callejuelas de la ciudad, mis ojos no paraban de ir de un sitio a otro. Ríos de gente recorrían sus calles en dirección a una plaza bulliciosa donde había un edificio que a mí me pareció raro.

—Es la mezquita de Djingareyber —me aclaró mi padre y tiró de mí hacia una tienda que había en la esquina.

Nada más asomar la cabeza, se apresuró hacia noso-

tros un hombre bajito, barrigudo y con perilla. Recordé haber visto al singular personaje en los funerales de mi abuelo.

Ambos se deshicieron en besos, palabras de bienvenida y sonrisas. A continuación, nuestro anfitrión nos hizo pasar al fondo de la tienda y nos sentamos entre pilas de alfombras, sacos de lana y montañas de pieles atadas en fardos. Aunque el olor a tintes era insoportable, a ninguno de los dos parecía afectarle.

Miguan, así se llamaba, en seguida mandó traer comida: una bandeja con cordero asado, cuscús, dátiles, plátanos y una jarra de té.

—El negocio va mal, Yunan. Mira la cantidad de mercancía que tengo acumulada —señaló dibujando un círculo con el brazo abierto—. Ahora pasan muy pocas caravanas que la lleven al norte. Así que hoy voy a comprarte la lana, pero de momento no me traigas más hasta que yo te avise.

Mi padre se agitó, bebió un sorbo de té y comentó:

—Las cosas tampoco van muy bien en el Nesft. Ya casi no queda nadie. Todo el mundo se está marchando a Europa...

—Allí está el futuro, Yunan. Hay que marcharse al norte. Yo ya estoy muy viejo, pero tú deberías marcharte también.

—Miguan, me he pasado toda la vida en el desierto, mi padre está enterrado en el Nesft y...

—Seguro que el viejo *imushaq* vería con buenos ojos que te marcharas —le interrumpió—. ¿Vas a dejar que tus hijas se pasen la vida ordeñando cabras? Las cosas ya no son como antes, Yunan.

Mi padre giró la cabeza, me contempló un instante al tiempo que esbozaba una sonrisa y volvió a la conversación con el mercader.

—No sé—dijo mirándose la punta de los dedos—, no sé si sería capaz de adaptarme a otra forma de vida.

—La vida es igual en todas partes. Y si nosotros hemos sobrevivido en este lugar, podemos hacerlo en cualquier otro.

Dos horas y media docena de té más tarde, tras el regateo obligado, Miguan le pagó la cantidad acordada y quedó en que mandaría a alguien a recoger la lana.

Cuando salimos el sol se había puesto. En la plazuela sonaba música de timbales y chirimías y un grupo de chicos bailaba con los brazos entrelazados a la altura de los hombros mientras otros coreaban haciendo palmas. Después de callejear un rato, desembocamos en una explanada en la que se extendía un río enorme como una alfombra oscura que separaba una orilla de la otra.

Me asusté. Aunque mi abuelo me había hablado muchas veces de los grandes ríos que surcan los continentes hasta los mares, era la primera vez que veía tanta agua junta. Mis ojos buscaron el origen de aquel enorme manantial. Me pareció que toda aquella agua rebosaba de algún pozo lejano.

—Es el río Níger —comentó mi padre pasándome el brazo sobre los hombros.

—¿Y de dónde sale tanta agua? —pregunté un poco cohibida ante el espectáculo.

—Viene de muy lejos. Tu abuelo me contó que es uno de los grandes ríos de África. Después de atravesar

Mali, recorre el Níger, Benín y Nigeria. Dicen que tiene más de cuatro mil kilómetros.

—¿Y eso es mucho? —le pregunté inocentemente.

—Mucho —respondió mi padre sonriendo—. Esa distancia no podría recorrerla un hombre a camello ni en seis meses.

Aquella noche, cuando regresamos al campamento, mientras cenábamos dátiles y queso fresco, le pregunté:

—¿Te vas a ir a España?

Él me miró pensativo, luego desvió los ojos hacia la hoguera y me respondió con la vista puesta en las llamas:

—Tal vez no haya otra solución. Porque aquí las cosas se están poniendo cada vez peor y...

—Déjame acompañarte —le interrumpí.

—Tu sitio está aquí, Meryem, al lado de tu madre. ¿Quién si no va a cuidar de tu hermana Aisha y de ella? Alá no ha querido darme un varón, así que tendrás que ser tú la que cuides de nuestra familia en mi ausencia.

Ahora sé que me lo decía para consolarme, pero en aquellos momentos me sentí la persona más importante del mundo. Al cabo de un rato, después de saborear mil veces sus palabras, intervine de nuevo:

—¿Y me vas a comprar un pañuelo blanco como esos que llevaban las niñas de la revista?

Me contempló fijamente cavilando sobre mi pregunta hasta que cayó en la cuenta de que me refería a

aquella revista que le había enseñado Samir. Entonces esbozó una sonrisa amplia y respondió.

—Las mujeres tuareg no necesitan colocarse ningún pañuelo en la cabeza, pero te prometo que lo primero que haré cuando llegue a España será comprarte un *hiyab* blanco, como los que llevaban las niñas de la revista que nos enseñó tu tío.